

## Los comisionistas de la enseñanza



**L**a palabra escuela deriva de otra, *schola*, que los latinos tomaron á los griegos, en cuyo idioma significaba ocio. Y es que en un principio sólo se dedicaron al estudio, á las artes llamadas liberales, á la pura especulación, los ociosos, esto es, los que no tenían que ganarse la vida trabajando con su cuerpo. Y hoy, entre nosotros, por una sutil regresión, vuelve el estudio á ser pretexto de holgazanería.

Eso de que la base de una buena administración pública sea el que cada uno esté en su puesto, en aquél por llenar el cual cobra, es una antigualla. Desde que hemos sustituido á la moral con la ética y hemos adoptado el criterio de lo normativo—que es, según parece, lo europeo—, lo importante es que uno se forme. «Formarse!», he aquí la consigna. ¿Y cuándo acaba uno de formarse? Parece que nunca.

Hay un viejo adagio latino que reza así: *Docendo discitur*, enseñando se aprende, adagio que refutó—y no sin razones, pues las hay siempre á gusto del consumidor—aquel malhumorado Schopenhauer. Y lo refutó porque nunca pudo obtener una cátedra oficial y porque se le hacía más caso á un profesor oficial, como era Hegel, que no á él. De aquí sus diatribas—en que hay tanta verdad—contra el Magisterio oficial. Si Hegel se hubiera dignado responderle, podría haber soltado otras no menos verdades contra el Magisterio extraoficial y espontáneo. Hay verdades contra todo y en favor de todo.

Al «enseñando se aprende» hemos sustituido el «hay que aprender para enseñar», y como el hombre nunca acaba de aprender un sujeto escrupuloso, ético y normativo, jamás se encuentra satisfecho de su formación y su competencia, y jamás, por lo tanto, se resuelve á ponerse á enseñar. Lo cual no obsta, naturalmente, para que viva, quiero decir cobra, de enseñar ó de hacer que enseñe. La libertad ante todo.



Claro está que el sistema, perfeccionándose de día en día, sirve á las mil maravillas á los que no quieren sino holgazanear. Este se va á estudiar las agallas del roble á su pueblo natal, aquél á investigar los refranes meteorológicos de la serranía en que tiene una finca, el otro se va á inquirir cómo se cultiva la caña de azúcar en un clima benigno. Y así por el estilo. La libertad ante todo.

Hay una palabra mágica, y es «comisión». ¿Y qué quiere decir comisión? Pues comisión quiere decir... ¡viva la libertad! Porque la libertad ante todo. O somos ó no somos liberales. Y éticos y normativos.

¿Ponerse á enseñar á un español de hoy? ¡Qué osadía! Lo primero que tiene que hacer es formarse. Y tengo yo un amigo, ético y normativo, que opinó que lo menos en dos generaciones más no habrá españoles debidamente formados para poder enseñar como se debe, esto es, á la europea. Que esperen, pues, las generaciones de niños y mozos que padecen la horrible desgracia de no poder salir de la desdichada España á educarse fuera de ella. Y entretanto, ¿qué hacemos de los maestros? Pues convertirlos en comisionistas.

Sólo á un reaccionario se le ocurre censurar á la Junta de Gangas y decir que no sirve sino para procurar pretextos, y pretextos retribuidos, de holgazaneo. ¿Quién ha dicho que es holgazaneo el estar formándose? El holgazán es el que se va de día á día á explicar lo que no sabe. Antes de meterse uno á expendedor de ciencias en la tienda, debe dedicarse unos años á comisionista. Pero con emolumentos y título de fendero. La libertad ante todo.

Ya sé que este modo de tomar la cosa es de una pobreza grande ideal y de un ramplentismo pragmatismo burocrático. ¡Qué le vamos á hacer...! Hay cargos que le deforman á uno la inteligencia haciéndole que la expedición le vale el imperativo categórico.

¡Oh, el imperativo categórico, ético y normativo! Nunca me entusiasmó gran cosa á mí, pobrelo español que en cuarenta y siete años de vida no ha faltado más que un mes de la Península—no cuento mi viaje á Canarias—; pero desde que la función burocrática ha acabado de





deformarme la inteligencia, no logro ver en semejante imperativo sino el manantial de la hipocresía normativa. ¡Oh, rampantonísimo pragmatismo burocrático!

Los que abrigamos la ridícula y anticuada idea de un mezquino y chato pragmatismo de expediente, de que cada uno debe estar en su puesto, es porque no tenemos en cuenta que la regeneración— ¡oh, la regeneración!—ha de venir por el comisionismo. No logramos levantar nuestro punto de mira. Y luego nuestras bajas pasiones, nuestro recelo, nuestra desconfianza, nuestro malhumor no nos deja ver en ese imperativo con que la conciencia pide a los que han de ser maestros el que se formen antes para ello sino un pretexto de holgazanería.

Yo no puedo servir de caso de ejemplificación, ya lo sé. Un pobre español que no ha salido sino un mes de su Patria— en la que incluyo a Portugal—, que no ha comisionado nunca, que ha tenido la suerte de no ponerse una sola vez enfermo en veinte largos años de magisterio, no tiene derecho a argumentar con su propio caso. Pero para mí trabajo, verdadero trabajo, lo que se llama trabajo, el que redime, sólo me cuesta el dar cátedra. Ni leer, ni estudiar, ni escribir me cuesta verdadero trabajo. Todo esto es para mí ocio más ó menos reproductivo, es decir, *schola*.

Y ante todo y sobre todo la libertad, ó sea el imperativo categórico normativo y á uso de comisionistas.

Miguel de UNAMUNO

